

ROMAN ARANA IÑIGUEZ

(1909-1977)

DR. EDUARDO WILSON

El 20 de junio de 1923 un grupo de jóvenes alumnos de 2º año del Liceo Rodó se reunió en el cementerio central para tributar un sencillo homenaje a un compañero fallecido un año antes. Dos niños, Alfredo Castellanos y Román Arana Iñiguez pronunciaron sus palabras de recuerdo. Este último, íntimo amigo del fallecido, terminó su breve alocución con estas palabras: "si en su hogar lloran los suyos por haber perdido un pedazo de su alma, nosotros, sus compañeros y admiradores, también lo lloramos porque en él perdimos el modelo de los estudiantes laboriosos y cumplidores".

Este episodio y el breve período que había compartido con el desaparecido compañero Juan Andrés Ramírez García Morales, fueron para Román Arana uno de los determinantes de su vocación médica. Un año antes, en algún patio del viejo Liceo Rodó, ambos se habían confesado su deseo de ser médicos, y Juan Andrés había expresado su voluntad de hallar la cura del cáncer ya que la tuberculosis, el otro flagelo de la época, había comenzado a ser dominada. Cuando poco después falleció Juan Andrés, precisamente de una meningitis tuberculosa, aquel compromiso debe haberse transformado en sagrado para el niño Román, por la sensibilidad propia de su personalidad y su corta edad y por la profunda admiración y cariño que sentía por su compañero. Aparte de este hecho, también incidieron en la forja de su vocación médica la voluntad de su padre, un triunfador optimista y avasallante, y la de su hermano Pedro, 14 meses mayor, a quien siempre admiró por su inteligencia y bondad de carácter, quien también tenía una temprana inclinación por las ciencias médicas.

Nacido en setiembre de 1909, había concurrido a la escuela Elbio Fernández, dirigida por Rosa Ferrando de Fulquet, y en 1922 ingresó al Liceo Rodó. Paralelamente recibió una extensa educación musical desde los 6 años, particularmente en la ejecución del violoncello, a partir de los 9 años.

En esos años de intensa vida familiar con sus padres, sus dos hermanas y su hermano, resaltó la influencia materna, motivo y estímulo de su formación musical. En el primer año escolar, conoció a José B. Gomensoro, amigo entrañable desde entonces y compañero de toda la vida, como estudiante, como médico, como neurólogo y como docente universitario. En los años liceales conoció a una excepcional personalidad,

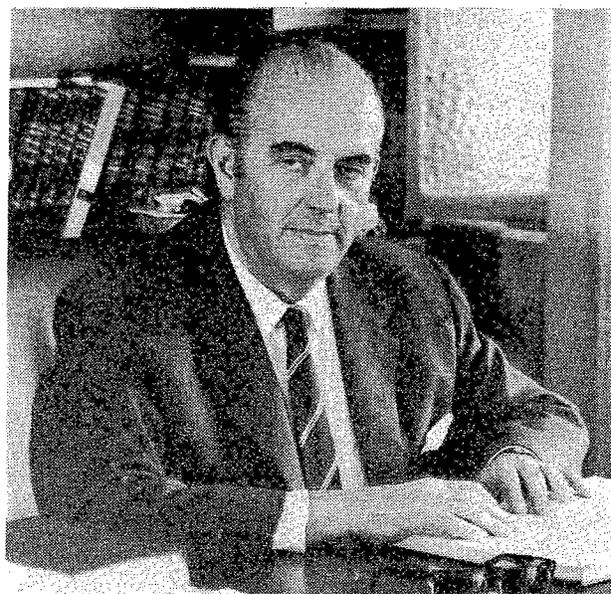


FIG. 1: Román Arana Iñiguez en su escritorio en 1974.

la de José P. Massera, a quien tuvo como profesor y a quien consideraba su padre espiritual, admirándolo como ideal de hombre completo. Con él, su madre, su hermano, las hermanas Garayalde, Freire Muñoz, Moró y Olga Ferroni, hicieron música de cámara durante 18 años.

En 1928 ingresó a la Facultad de Medicina, uno entre los 131 inscriptos, y en 1930 comenzó su etapa hospitalaria. Fueron compañeros de generación en esos primeros años varios futuros profesores de la facultad como Pedro Ibarra, Walter Suiffet, Juan Cendán, Ramón Negro, Ciro Peluffo, Alberto Matteo, J. J. Scandroglia, José Reyes Terra, María E. Uteda, Luis Sala López, Raúl Leborgne y Alberto Munilla.

Comenzó su labor hospitalaria en la clínica médica del profesor Arturo Lussich, junto al doctor Mario Volonterio, y la prosiguió el mismo año en la clínica quirúrgica del profesor Alfonso Lamas, junto al doctor Andreón. Al año siguiente pasó a la clínica del profesor Alfredo Navarro, donde conoció a Pedro Larghero, con quien comenzó a colaborar en las guardias del hospital Pasteur.

En 1934 ingresó como practicante interno, realizando la primera rotación en el servicio del profesor agregado doctor Antonio Sicco, del hospital psiquiátrico. Pasó luego al hospital Pasteur durante 2 años, realizando cirugía general con los profesores Manuel Albo, Velarde Pérez Fontana y Carlos Stajano, formando un selecto grupo de internos con Merceis, Suiffet, Hamlet Suárez y Matteo.

En ese período tuvo sus primeros contactos con operaciones neuroquirúrgicas, junto a Albo, Velarde Pérez y Abel Chifflet, recién llegado de EE.UU. Fruto de ese naciente interés fue su visita en 1936 al profesor Manuel Balado, profesor de neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Asistió a sus operaciones y prestó atención a sus entusiastas consejos acerca de la neurocirugía y de la necesidad de realizar cirugía experimental. El último año del internado lo realizó en la clínica del profesor Lussich, donde actuaba el profesor Julio García Otero, cuya capacidad clínica dejó una profunda huella en su formación médica. Poco después de terminar el internado, en mayo de 1938, recibía su título de médico.

Paralelamente a su carrera médica, en 1930 comenzó a actuar en el Instituto de Investigaciones Biológicas, dirigido por el profesor Clemente Estable, el discípulo uruguayo de

Ramón y Cajal. Junto a su hermano Pedro, a Gomensoro y a Santamarina, se acercó a la casa de la calle Millán, donde se le abrió el mundo de la investigación científica y encontró otra personalidad, la de su director, que le produjo profunda admiración y selló su actitud futura hacia la ciencia. Aprendió técnicas histológicas y neurofisiológicas, pero sobre todo, aprendió la esencia de la vida de laboratorio y de investigación: el respeto por los hechos y el trabajo metódico.

Fue junto a Estable que realizó sus primeros trabajos científicos: "Contribución al estudio clínico e histopatológico de la afasia", que constituyó su tesis de doctorado en 1940, y "Contribución al estudio de la histopatología de la sinapsis", que publicara en 1941 en los anales del Instituto de Neurología.

De esta manera, al recibir su título de médico a los 28 años, culminaba una formación multifacética. La formación clínica, junto a destacados exponentes de la medicina y cirugía nacionales.

El aprendizaje de la metodología científica básica, junto a Estable, máxima autoridad en el campo en ese momento, y sus colaboradores. La formación humanística, que extrajo de su vinculación con el filósofo y pensador José Pedro Massera. La formación cultural, proveniente de su ambiente familiar y de su educación musical. Finalmente, el resultado de su integración a un núcleo de jóvenes amigos, que lo siguieron siendo toda la vida, pero que en la época estudiantil se nutrieron mutuamente con los generosos ideales universitarios, sociales y humanos de democracia y libertad y que cuajaron en una sincera e intensa militancia en la

FIG. 2: Román Arana junto a Clemente Estable y al neurocirujano español Sixto Obrador Alcalde, en 1954.



Asociación de Estudiantes de Medicina, en la oposición a la dictadura de Terra, en la defensa de la república española y la condena del fascismo europeo de la preguerra. Formaron parte de una generación que en la defensa de valores morales universales no dejaron de vivir intensamente la realidad nacional, actitud que revelaba un profundo arraigo a su medio. Integraron este núcleo de amistades de Arana, entre otros, Portillo, Di Bello, Galeano Muñoz, Schaurich, y en especial Gomensoro cuya participación en la España en guerra fue seguida con angustia desde Montevideo.

Todos estos aspectos de su formación incidieron sobre rasgos de su personalidad que él mismo fue seleccionando como los más positivos: dedicación al estudio y al trabajo, optimismo invencible, capacidad para organizar y amalgamar voluntades. El conjunto de todo ello redondeaba una personalidad de gran potencia realizadora.

Al momento de graduarse, ya estaba decidido Arana a dedicarse a la especialidad neurológica y neuroquirúrgica. En esto lo habían reafirmado los consejos del argentino Balado, de Varela Fuentes, de Piaggio Blanco, así como el entusiasmo quirúrgico de Rodríguez Barrios.

Siguiendo un consejo de Larghero, decidió hacer medicina antes de dedicarse a la especialidad neuroquirúrgica. Junto con Di Bello preparó la jefatura de clínica médica y, concursados los cargos, ambos pasaron en 1941 a la clínica de Montes Pareja, como noveles jefes de clínica.

En esta clínica compartió tareas y recibió enseñanzas de Benigno Varela Fuentes, de Alberto Amargós y, luego del fallecimiento de Montes Pareja, de su sucesor, el profesor Juan Carlos Plá, discípulo directo y profundo admirador de Américo Ricaldoni, fundador del Instituto de Neurología. Desde 1942 y hasta 1945 fue jefe de clínica neurológica. Junto con estos cargos preparó la agregación con Alfredo Ramón Guerra y obtuvo el título de profesor adjunto de medicina en 1943. A partir de ese momento su actividad se desarrolló en el Instituto de Neurología y se orientó definitivamente a la neurocirugía para perfeccionar la cual comenzó a viajar al exterior. Por consejo del psiquiatra español Mira y López, exiliado en Montevideo e integrante del Comité Republicano, donde lo había conocido, Arana viajó en noviembre de 1943 a Santiago de Chile, a trabajar durante 3 meses en el Instituto de Neurocirugía de Santiago, dirigido por Alfonso Asenjo, pionero en Latinoamérica en dedicación total universitaria a una disciplina clínica y creador de una escuela neuroquirúrgica. Pasó luego a Buenos Aires, donde colaboró con Juan Christensen, joven y hábil neurocirujano recién llegado de Londres y con quien entabló una estrecha amistad. Continuó su actividad en el Instituto de Neurología de Montevideo, junto a Schroeder.

El 1° de junio de 1945 llegó a Chicago, donde permaneció 2 años con el profesor Percival Bailey, en el Instituto Neuropsiquiátrico de la Universidad de Illinois. En este instituto conoció a maestros como el mencionado Bailey, Oldberg y Bucy en neurocirugía, Mac Kay y Lichtenstein en neurología, Hassin en neuropatología, Mc Culloch en neurofisiología y los esposos Gibbs en electroencefalografía. Adquirió profundos conocimientos en la especialidad, se puso en contacto con técnicas nuevas como la angiografía cerebral, conoció y admiró un eficaz estilo de trabajo y una disciplina metódica y sincera.

Durante este período realizó varios trabajos que motivaron sus primeras publicaciones en revistas extranjeras, tales como *Journal of Neurosurgery*, donde publicó con Asenjo un estudio sobre el diagnóstico ventriculográfico de la cisticercosis de la fosa posterior, *Journal of Neuropathology and Experimental Neurology*, *American Journal of Physiology*, *Federation*

Proceedings y *American Journal of Roentgenology*, donde publicara trabajos en colaboración sobre hiperglicemia provocada por adrenalina en el sistema nervioso central, sobre diagnóstico de la atrofia cerebelosa y sobre angiografía cerebral.

A la vuelta de los EE.UU. reanudó su labor en el Instituto de Neurología, que interrumpió en 2 ocasiones para sendos viajes de perfeccionamiento, uno a la clínica Lahey de Boston en 1949, donde permaneció un mes junto a Gilbert Horrax y James Poppen, 2 maestros de la neurocirugía americana, y otro por 3 meses a California, 1954, a trabajar con Segundo en el laboratorio de neurofisiología dirigido por Magoun y por French. Este último viaje reafirmó su convicción en la investigación experimental y a su vez fue una demostración de ello.

Así debe interpretarse el ejemplo de un clínico de 44 años, neurocirujano de cuidada formación académica y técnico respetado en su medio, que viaja a realizar investigación básica durante 3 meses.

Su labor en el Instituto de Neurología, en el hospital Maciel, reanudada luego de su viaje a Chicago, abarcó distintos campos.

Actuó como instructor de anatomía en el Departamento de Anatomía, de 1946 a 1952. Fruto de esta labor fueron la publicación "Curso de Neuroanatomía", con Buño y Ferreira Berrutti, en 1950, y el libro "Neuroanatomía", escrito en colaboración con Rebollo en 1954, con varias ediciones posteriores, libro que fue usado como texto en numerosas facultades de medicina de habla hispana.

En el aspecto asistencial centró su actividad en neurocirugía, acompañando a Schroeder en sus intervenciones, dentro y fuera del instituto, y contando con la novel colaboración de Jorge San Julián, gran amigo desde entonces, y de otros futuros neurocirujanos posteriormente. De su experiencia en EE.UU. introdujo en nuestro medio la angiografía cerebral como técnica diagnóstica de fundamental importancia en el progreso de la neurocirugía.

Su actuación científica fue pródiga, realizando múltiples trabajos científicos en ese período, en varias líneas de trabajo, así como participando en distintos congresos. Una de esas líneas de trabajo, la psicocirugía, abarca varios trabajos referidos a la leucotomía, sus indicaciones, sus resultados en distintas patologías y su mecanismo de acción. Contó en estos trabajos con la colaboración fundamental de Jorge Galeano Muñoz, con quien trabajaba desde la época con Estable, y que fuera su colaborador en la preparación de la tesis de agregatura de Arana sobre estudio histológico y funcional del núcleo caudado. Emparentados con los trabajos mencionados están los referidos a la epilepsia y su tratamiento quirúrgico, para los cuales también contó con la colaboración de Galeano, además de la Gomensoro y Fuster, entre otros. Otra línea de trabajo predominante en la época y en la cual se mantendría interesado toda la vida, fue la hidatidosis, en especial la cerebral, acerca de cuyo tratamiento quirúrgico desarrolló una nueva técnica, en conjunto con San Julián y Rodríguez Barrios. Como siempre, la investigación experimental ocupa en esos años un importante lugar entre sus publicaciones. Realizó varios trabajos con neurofisiólogos como Segundo, Migliaro y García Austt, sobre estimulación del fórnix humano y sobre actividad epiléptica en corteza aislada, publicados en el *Journal of Electroencephalography and Clinical Neurophysiology*. También con Segundo y con la participación de Balea, trabajó sobre la tolerancia de la glucosa en lesiones del sistema nervioso central, publicando en *Journal of Neurosurgery*. En esos años aparece su primer trabajo sobre hemorragia cerebral espontánea, en colaboración con

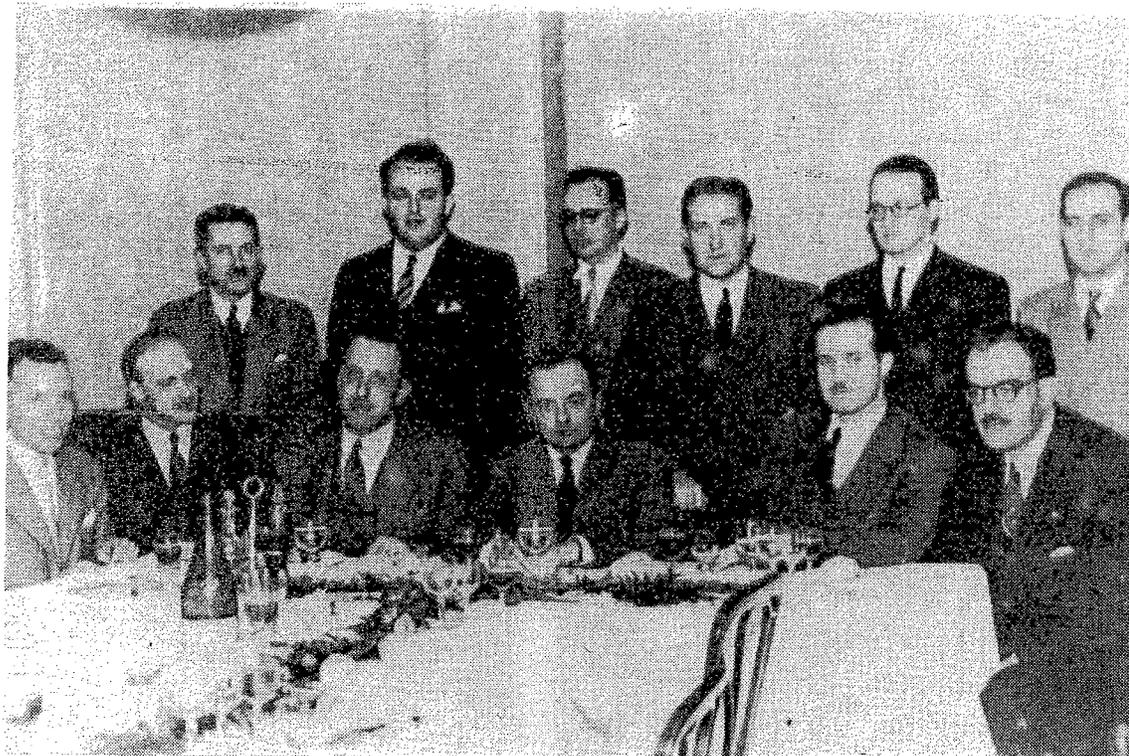


FIG. 3: *Cena entre amigos en la década del 40. Sentados, de izquierda a derecha: Alfredo Ramón Guerra, Alfredo Pernin, Héctor Fossatti, José M. Portillo, Martín Miqueo Norancio, Pedro Arana Iñiguez. Parados, de izquierda a derecha: Portillo, Román Arana Iñiguez, José B. Gomensoro, Manlio Ferrari, Pedro Visca, Raúl Di Bello.*

Gomensoro, San Julián, Gorlero Armas y Azambuja. Durante su estadía en el laboratorio de neurofisiología de Magoun y French en California, realizó experimentación en monos, que motivó publicaciones en *Journal of Neurosurgery* y en *Archives of Neurology and Psychiatry*, firmadas por Segundo, French, Naquet y Arana. Junto con estas líneas de trabajo, que seguirían siendo de su interés en el futuro, realizó diversas publicaciones de casuística y revisión de series de importancia informativa y creadora para el medio, publicando extensamente en revistas y boletines locales.

En 1957, luego de un histórico concurso de oposición en que venciera a Constancio Castells, fue nombrado profesor de clínica neurológica y director del Instituto de Neurología. Pasaba a ser el tercer director titular del Instituto de Neurología, sucediendo al fundador y creador Américo Ricaldoni, de muy corta actuación, de 1927 a 1928, y a Alejandro Schroeder, director desde 1937 a 1954, verdadero segundo fundador, con quien se había iniciado Arana en la neurocirugía. Recibía un instituto creado treinta años antes, que fuera el primero en América Latina y uno de los primeros en el mundo, que a lo largo de su vida, a pesar de un largo período sin dirección y amenazado de desaparición presupuestal, había sobrevivido manteniendo la misma avanzada estructura elaborada por Ricaldoni y consolidada por Schroeder. Honrando a sus antecesores, Arana fue llevando al instituto a un sitial privilegiado, admirado en todo el mundo, que supo ser lugar de formación de especialistas de toda América,

Poco después de su nombramiento como profesor y director, el instituto se trasladó de su antigua ubicación en las salas Ricaldoni y Lavallega del hospital Maciel a su actual sede en el piso 2 del Hospital de Clínicas, como lo había soñado Ricaldoni. Bajo la pujante dirección de Arana, con el entusiasmo despertado por las nuevas instalaciones, el instituto sufrió un verdadero renacimiento en el que, y como consecuencia de la habilidad y capacidad de su director, se multiplicaron los colaboradores y los equipos de trabajo experimental y clínico, se progresó en los métodos diagnósticos y terapéuticos y se impartió docencia a todos los niveles. Desde ese 1957 hasta la fecha de su cese, en 1974, la vida de Arana fue la del instituto y los logros del instituto no son otra cosa que los resultados de la labor de su director. Prometió en su clase inaugural, dictada en el salón de actos de la Facultad de Medicina el 30 de octubre de 1959, dar al Instituto de Neurología el máximo desarrollo de que fuera capaz. Para demostrar de que forma concretó ese compromiso bastarán señalar algunos hechos.

Pocos años después, en 1967, funcionaban simultáneamente en el instituto las seccionales de neurología, neurocirugía, electrología, neurorradiología, neuropediatría, afecciones corticales cerebrales, neurooftalmología, afecciones neuromusculares, afecciones cerebrovasculares, epilepsia, oncología, anatomía patológica, técnica e investigaciones histológicas, neuroquímica y neurología experimental. De estos grupos de trabajo emergieron figuras de relieve internacional que ocuparon y ocupan altos cargos docentes en nuestra facultad. Junto a

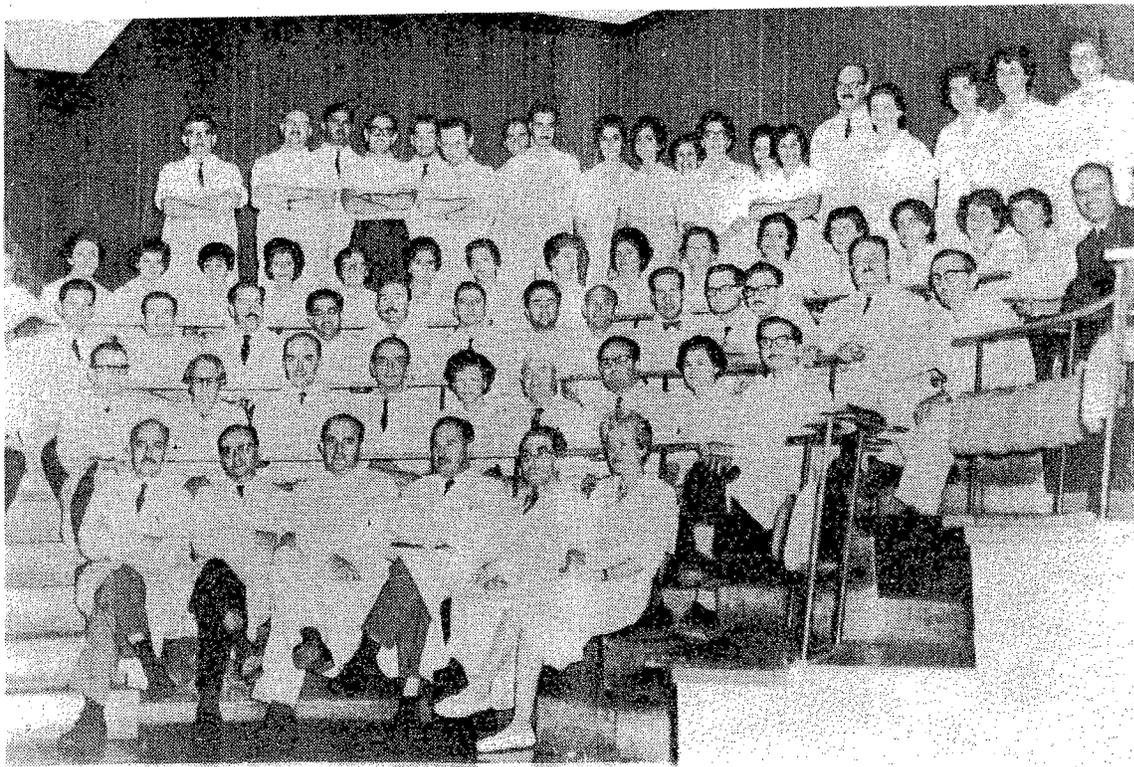


FIG. 4: El Instituto de Neurología "Prof. Américo Ricaldoni" en su apogeo, año 1963. Primera fila: Héctor Defféminis, José Gomensoro, Román Arana, Constancio Castells, Bernardino Rodríguez, María D. Bottinelli. Segunda fila: Bartolomé Fuster, Elisa Balea, Raúl Rodríguez Barrios, Carlos Mendilabarsu, Sétika Acevedo, Juan Medoc, Néstor Azambuja, María A. Rebollo, Elio García Austt. Tercera fila: Carlos Oehninger, Juan Folle, Alejandro Bianchi, Víctor Soriano, Orlando Turturiello, Víctor Canetti, Juan De Boni, Lorenzo Pérez Achard, Alberto Pereda, Raúl Ruggia, Bernardo Borovich, Jorge San Julián, José Villar. Más atrás, entre otros: Ricardo García Mullin, Virginia Clivio, Mirta Méndez, Ana Adrober, Loreley Sarro, Adela Vanzulli, Olga Vázquez, Valentina Maslenikov, Carlos Avellanal, Alberto Platas, Pablo Handler, Jaime Bogacz, Juan Roig, Felicitá García, Mabel Furno, María G. de Coteló, Adela Aguiar, Atilio García Güelfi, María T. Sande, Betty Bono, Lia Zeiter.

los más experimentados, figuraban una enorme cantidad de colaboradores, en su casi totalidad honorarios, demostrando el gran atractivo de los grupos de trabajo, y desfilaban becarios extranjeros que llegaron a 45 en los primeros 8 años del instituto en el Hospital de Clínicas.

Entre 1958 y 1967 se hicieron 362 publicaciones, de las cuales 128 en el exterior. El instituto participó, a través de delegaciones asombrosamente numerosas. En congresos latinoamericanos de neurocirugía, panamericanos de neurología, reuniones rioplatenses o congresos nacionales de países vecinos.

Se concurrió a varias reuniones científicas de nivel mundial y siempre, en todos los casos, la figura de Arana encabezaba y orientaba las delegaciones uruguayas. Obtuvo participación del instituto en estudios cooperativos internacionales y logró asistencia económica nacional y extranjera para financiar investigaciones clínicas y experimentales. Favoreció la investigación no sólo entusiasmando y estimulando a sus colaboradores, no sólo obteniendo recursos para financiarla, no sólo apoyando la concurrencia a congresos científicos, también lo hizo encontrando la vía para la publicación. Fundó y dirigió hasta su muerte Acta Neurológica Latinoamericana.

publicación que permitió a uruguayos y latinoamericanos una difusión internacional.

Dentro de ese enjambre laborioso, no sólo dirigía. Fue trabajador incansable, en la clínica, en la sala de operaciones, en el laboratorio, investigando, publicando, y, por sobre todo, formando gente con su ejemplo. En esos años prosiguió publicando sobre temas de su preferencia. La hemorragia cerebral siguió siendo uno de ellos.

Luego de varias publicaciones locales, el último trabajo fue publicado en Surgical Neurology en 1976. Otro tema fue la hidatidosis, que mereció varios trabajos, hasta culminar con el capítulo sobre "equinocosis del sistema nervioso" del Handbook of Clinical Neurology, publicado en 1976 y que constituye la obra más completa sobre neurología jamás realizada. Sin embargo, fue la hipertensión intracraneana experimental y temas conexos los que prefirió para la investigación de laboratorio, formando grupos de trabajo en los que participaron entre otros:

García Austt, Villar, Roig, Azambuja, Carlevaro y Escarcena. Una revisión en conjunto de estos temas motivó la adjudicación del Premio Soca, en 1966, lo que constituía en la época el máximo galardón nacional para investigadores.

Su preocupación por la tarea docente no fue teórica. No buscaba dar la clase más brillante ni ser el disertante obligado sobre tal o cual tema. No hacía ostentación con sus procedimientos quirúrgicos ni de sus resultados. Su interés por la docencia abarcaba lo realmente esencial. Para él, el docente debía tener una característica: dedicación. Había dicho: "lo que más importa hoy es que se cumpla el trabajo de muchas horas. Para el nombramiento del futuro personal docente creo firmemente que la disciplina y la dedicación al trabajo deben pesar tanto o más que los conocimientos, los concursos y las publicaciones realizadas. No comprendo que se pueda dirigir una clínica bien equipada, como un instituto, sin pasarse el día en él. En Latinoamérica es mucho más fácil encontrar hombres preparados, que han publicado, que conocen bien su especialidad, que hombres decididos a trabajar de sol a sol en el mismo lugar, construyendo con seriedad y modestia el ambiente necesario para una obra sólida". Efectivamente trabajó de sol a sol en su instituto, no rehusando ningún tipo de responsabilidad, buscando una solución a todos los problemas, médicos o de enfermería, organizativos o administrativos, económicos o científicos.

Defendió la necesidad de agrupamientos de estudiantes en pequeños grupos, trabajando muchas horas con el mismo docente. Esto se tradujo en los famosos cursos de neurología para estudiantes y graduados, que, aun estando fuera de los cursos oficiales, eran de los más concurridos, completándose las plazas a poco de haberse abierto las inscripciones.

Para muchos de los asistentes a estos cursos, ellos constituyeron la experiencia docente más rica a nivel clínico de su pasaje por la facultad.

Referente a la enseñanza de postgrado, defendió la necesidad de la residencia como elemento fundamental en la formación del especialista. Con esta idea, organizó el instituto para que funcionara todo el día. En el Instituto de Neurología, durante la mañana se trabajaba como en todas las restantes clínicas, durante la tarde se operaba, se atendía en policlínica, se pasaba visita general, se trabajaba en los laboratorios, durante la noche se pasaba contravisita y durante todo el día se colaboraba con el departamento de emergencia. A falta de residentes, contó con la colaboración de becarios y de médicos jóvenes que cumplían honorariamente tiempo completo. Mostraba así otra de sus características virtudes: no intimidarse ante la falta de recursos materiales. Con su optimismo y entusiasmo, que contagiaba a sus ayudantes, podía compensar y suplir cualquier carencia. Así, durante años, el Hospital de Clínicas contó con neurocirujanos de guardia honorarios que resolvieron tanto los problemas de la especialidad en el departamento de emergencia como las consultas urgentes en otros servicios, e hicieron del hospital la referencia obligada de todo problema neurológico urgente.

Estas concepciones de avanzada, con docentes de dedicación total, con residentes antes del régimen de residencia, con distribución de responsabilidades asistenciales sin abandonar su condición de responsable final, no solo se limitaron a la formación de estudiantes y graduados. Tuvo un especial interés por la formación de las enfermeras, apreciando en todo su valor las tareas por ellas desempeñadas.

En 1947 integró el Consejo Consultivo Honorario que elaboró el proyecto de creación de la Escuela Universitaria de Enfermería, que fuera aprobado ese mismo año. Habilitada la escuela, Arana continuó integrando el Consejo Consultivo hasta la designación, en 1953, de la comisión directiva de la Escuela Universitaria. Posteriormente, continuó su colaboración ofreciendo los locales del instituto para la experiencia clínica de las estudiantes, designando docentes para cola-

borar honorariamente con la enseñanza teórica de la neurología, organizando cursos de perfeccionamiento y apoyando e impulsando la participación de las enfermeras universitarias en los congresos latinoamericanos de enfermería neuroquirúrgica, paralelos a los congresos de neurocirugía.

El concepto que tenía Arana del Instituto de Neurología era el mismo que defendieran sus predecesores Ricaldoni y Schroeder: "pensamos", decía, "que tanto la obra asistencial, la de docencia y la de investigación se ven beneficiadas enormemente si se mantiene esta unión de neurólogos, neurocirujanos, neurorradiólogos, electroencefalografistas, neurobioquímicos y neuropatólogos. La orientación del Instituto de Neurología debe permanecer con las mismas directivas, ampliando y desarrollándolas a medida que nuevas técnicas señalen progresos eficientes en nuestra especialidad". Como método de trabajo señalaría: "es fundamental fomentar la labor de equipo. Es necesario saber superar las pequeñas rivalidades que, bien encaminadas, pueden ser más acicate que entorpecimiento para la acción. Tenemos que saber, sin embargo, abandonar ciertos vicios muy nuestros, las mofas, el miedo al ridículo. Sólo una labor de seminario donde expongamos nuestra opinión sin afán de lucimiento, podrá hacernos avanzar".

Llevar a la realidad esta afirmación fue uno de los máximos logros de Arana.

Su capacidad para unir voluntades, para amalgamar opiniones, para soslayar diferencias insalvables y para encontrar objetivos comunes quedará como símbolo de labor universitaria, democrática y eficiente, para las futuras generaciones. Esa capacidad no era sólo una virtud de su personalidad, la supo desarrollar de manera simple y tenaz. Supo ante todo conocerse a sí mismo y cultivar sus cualidades más positivas para hacer de ellas las herramientas con que construyó su vida: laboriosidad, optimismo, cordialidad. Supo elegir el método adecuado para cumplir su tarea: trabajo permanente. Y supo dotar a este trabajo de un entusiasmo y alegría tales que contagiaba a todos los que lo rodearon, logrando esa hazaña de reunir en un mismo instituto y en un mismo equipo de trabajo a personalidades disímiles y hasta antagónicas, pero que en su compañía eran capaces de compartir la misma actividad y la misma sonrisa.

A pesar de la intensidad de la labor desarrollada a nivel nacional, encontró tiempo para desarrollar una actividad internacional que sería suficiente, por sí sola, para marcarlo como una de las personalidades médicas nacionales que mayor prestigio dio al país. Integró los comités consultivos de las principales revistas internacionales de su especialidad como lo fueron *Journal of Neurosurgery*, *Journal of Neurological Sciences*, *Progress in Neurosurgery*, *Excerpta Medica Neurology and Neurosurgery*. Fue propulsor y permanente defensor de los congresos latinoamericanos de neurocirugía, de cuyo comité permanente fue miembro y presidió los 2 congresos realizados en nuestro país, en Montevideo en 1955 y en 1971 en Punta del Este. Junto con Asenjo fue miembro fundador en representación de América Latina de la Federación Mundial de Sociedades Neuroquirúrgicas y fue electo 2º vicepresidente de la misma por el período de 1973 a 1977.

Esta etapa de su vida como director del Instituto de Neurología, la más pródiga en realizaciones, transcurrió en una nueva situación familiar. Había conocido en España, en uno de sus frecuentes viajes, a Marieta Aliño con quien contraería luego matrimonio y formara el hogar ampliado luego con los hijos, Patricia y Javier. En su época juvenil, refiriéndose a su condición de médico soltero, una valenciana, madre del doctor Galiana, cuyo esposo estaba asistido por Arana y

suegra del doctor Guétiérrez Blanco, reiteradamente le decía "tú te mantienes soltero porque no has conocido la mujer valenciana". Precisamente valenciana resultó ser Marieta, compañera permanente desde entonces. Aquella tradición familiar que cuando niño viviera en la calle San José, presidida por su madre, se vio prolongada en la casona de Carrasco, alrededor de la sensible personalidad y el exquisito gusto de su esposa. Era lugar de alegre reunión de todos los visitantes extranjeros, de los amigos, de los alumnos, y era a la vez, lugar de trabajo nocturno o de días feriados, donde junto a sus colaboradores, en la enorme biblioteca o en el amplio escritorio, completaba algún trabajo científico. Todo dentro de un ambiente informal, pero siempre serio, en el que la casa se llenaba de dudas, discusiones y conclusiones junto al aroma de una tortilla de patatas o de paltas deliciosamente preparadas por Marieta y junto a la infaltable risa sonora de Arana.

La risa de Arana, tan contagiosa y tan natural, era una de sus características. Más de una vez dio término a una dura polémica en algún ateneo con discusiones acaloradas y fuertes, con un chiste oportuno y una risa prolongada que rápidamente invadía el ánimo de todos. Un joven médico, recién llegado al instituto, en una de esas ocasiones reveló poseer una carcajada estruendosa. De inmediato fue llamado aparte por Arana quien le dejó bien claras las cosas: "en el instituto nadie se puede reír más fuerte que yo", y la risa de ambos llenó de nuevo los corredores.

Así como era de expresiva su jovialidad, en los momentos que requerían seriedad, nadie era más solemne que él. La sala de operaciones, una vez que entraba Arana, se llenaba de silencio. Sólo se oírían de ahí en adelante, sus indicaciones a la instrumentista y algún comentario a alguno de los ayudantes. Un apenas susurrado "silencio, por favor" era la única respuesta a algún desprevenido recién llegado que inoportunamente dijera alguna palabra. El acto quirúrgico significaba el momento de mayor responsabilidad frente al paciente, y requería para ello el ambiente más adecuado.

Su vinculación con el enfermo, esa relación directa, sencilla, con el respetuoso reconocimiento de estar tratando un semejante, sabedor que la diferencia en conocimiento médico no significará superioridad alguna, fue una de sus enseñanzas más importantes. El mismo había definido este rasgo de su personalidad médica con las siguientes palabras: "para ser médico es necesario, ante todo, sentir el infinito dolor del hombre, y además, estar poseído de un gran optimismo.

"Si no se es optimista no se puede ser médico", y al terminar su clase inaugural, afirmaba: "prometo no olvidar nunca, sean cuales sean los éxitos y los sinsabores que el magnífico taller de trabajo que me toca dirigir me depare, los deberes e ideales de la sencilla y maravillosa gran misión de ser simplemente médico". Nunca lo olvidó.

En setiembre de 1974 cesó como profesor titular y director de su instituto. Sobrevino luego su nombramiento como profesor emérito en julio de 1975 y como miembro titular de la Academia Nacional de Medicina al ser ésta fundada en 1976. Sin embargo, la separación de su lugar de trabajo de toda una vida, la inseguridad que presentaba el futuro del instituto en las circunstancias políticas que vivía el país, el alejamiento obligado o voluntario de muchos de sus discípulos, fueron deteriorando su salud, afectándole seriamente el corazón primero y el cerebro luego hasta provocar su fallecimiento el 30 de junio de 1977.

La placa de homenaje descubierta en el Instituto de Neurología en ocasión de los 10 años de su desaparición, expone un pensamiento suyo que es a la vez una confesión y una promesa: "tengo la religión de la universidad; creo que ella encierra uno de los máximos ideales del hombre: la cultura en la libertad". Más allá de su importancia fundamental en la medicina y neurología nacional, y como devoto fiel de esa religión, su vida sobresale en especial como prototipo de amor sincero y dedicación integral a la causa universitaria, como fin de sí mismo.